

las mugeres; cualquiera otra podrá proporcionarme los mismos goces. Estas pasiones locas son ficticias; el amor no es otra cosa que una necesidad orgánica, y el esclusivismo de los objetos, es una degeneracion de la inteligencia y los instintos. En efecto está en su mano curarme y voy á hacerlo. Basta ya de hacer el imbécil á los ojos del mundo y el humilde delante de ella. Le pagaré con indiferencia su odio, y tal vez llegue á vengarme.... ¿de qué modo? No importa; pero la olvidaré.

Una cómica vino á ayudarme en esta buena intencion.

XV.

UNA CÓMICA.

Diciembre de 835; á Marzo de 836.

Pocas veces llega á Búrgos una compañía mediana: los de la legua suelen invernar allí, y solo por casualidad da una funcion un buen actor que está de paso, y que recurre á la bolsa de los burgaleses para ayuda del viage.

De repente el teatro se animó con la presencia de Lola. ¿Quién es Lola? En Madrid una actriz mediana; en Búrgos una artista de primer orden: y ademas muy bella.

Cintura de abeja, talle flexible como el de una flor; un seno provocativo, un cuello de mármol; dos ojos rasgados y negros como azabache, una cabellera sedosa y abundante, que esaltaba sobre, su frente pura y despejada como el horizonte de la aurora: veinte años, y una sonrisa.... de cómica coqueta.

¿Cualidades morales? Que sé yo; me conformaba con verla desde mi luneta, y disipar mis deseos;

persuadido como lo estaba yo, de que para enamorar á una cómica se necesita, un caudal de dinero para comprarla, ó de fortuna para caerle en gracia, y hacer el papel del chulo, gozando grátis, lo que á otros suele costarles tan caro. Además que los burgaleses acudieron como una parvada de buitres, y no hubo viejo verde, ni jóven calavaca, ni rico comerciante, que no hubiera puesto en juego todas sus baterías.

Yo, pobre hombre, no me atrevia á entrar en la concurrencia: me dí por vencido y me contentaba con aplaudirla, precisamente cuando podía verla Serafina. Pensaba yo picarla con esta preferencia.

Pero el diablo lo quiso de otro modo.

Inspirado acaso por un sentimiento de despecho, escribí una vez un artículo que no debió agrandar mucho á Lola. Al siguiente día me fuí, como solia hacerlo, al ensayo, lugar donde como en cualquiera otro, iba yo á matar el tiempo: muchas veces me sucedia sentarme en uno de los rincones mas oscuros, y quedarme dormido en medio de la bulla. Tanto así era mi fastidio habitual y el poco interes que Lola me inspiraba.

Este dia pasaba yo junto á ella, y encarandose á mí, sin darme un previo saludo, me dijo enfadada.

—Supongo que es de vd. ese artículo grosero que se ha escrito contra mí.

—Supone vd. bien, aunque la grosería está de mas— le respondí en el mismo tono.

—Yo no le he dado á vd. motivo de rencor.

—No lo he hecho por venganza.

—Entónces no sé....

—Ni yo.

—Luego vd. no lo ha escrito.

—Sí.

—¿Pero por qué?

—Porque quise.

—Debia vd. ver que soy muger.

—Me importan poco las mugeres.

—¡Oh!....—y se mordió los labios, y se puso como el carmin. ¿Y tendrá vd. la intencion de seguir atacandome?

—Todo el tiempo que encuentre algo que murmurar.

—Pero que no lo sepa mi marido—me dijo en tono amenazador.

—O que lo sepa.

—Vd. no respeta nada.

—Nada, fuera de mi capricho.

—¿Con que es un capricho?

—Tal vez

—Ya veremos.

—Ya veremos.

Y llamada segunda vez por el director, se fué á recitar su papel.

No dejó de asustarme lo del marido, que casualmente no estaba allí; pero á lo hecho, pecho. Terminó el ensayo y su despedida fué una mirada de

víbora, que yo le respondí con otra perfectamente indiferente.

Esperé que el marido me buscara para decirme algo supuesta la amenaza: pasaron unos días, y nada me dijo, habiendome encontrado casualmente. Con esto cobré aliento y escribí un segundo artículo, disponiendome además, si algún síntoma hostil percibía, á recurrir á los amigos para fastidiar desde el patio á mi Lola.

Ahora es necesario saber que la reputacion de su primera dama era lo que sostenía á aquella pobre tropa, y todos comenzaron á interesarse en conjurar aquella tempestad. Por la fuerza no podían hacerlo, porque aun que á mí no me tuvieran miedo, mis amigos quedaban, y un cómico necesita del público.

¡Pobres cómicos!... que tienen que reprimir sus simpatías, sus rencores todos sus afectos. Mentira que dependen del público, sino de cuatro zaragates imbéciles, que por una bagatela, un capricho, les quitan la reputacion, ó á lo ménos los destierran.

No sé que principio guió á Lola; lo cierto es que interesó á alguno de sus amigos para que me llevaran á su casa. Yo me resistí al principio; pero al fin me dejé llevar, cediendo á mis propios deseos: bien sabia que una primera visita nos reconciliaría para siempre.

—No estrañe vd.—le dije al entrar, conducido como un preso entre dos que me llevaban de los

brazos—verme en su casa: no habria entrado si no me hubieran traído á fuerza.

—Y yo siento, no el ver á vd. en mi casa, sino el que me confiese que ha venido violentado..... Sin que se ofenda vd. le digo que tiene la puerta libre.

—Entónces me retiro....

—Vamos, pocas niñadas dijo uno de mis conductores—al fin acabarán por quererse....

—Yo nunca he aborrecido á la señora, pero....

—Ni yo tampoco á vd., aunque acaso no me faltan motivos: y sin embargo soy bastante generosa para ofrecerle un asiento junto á mí, y suplicarle que ya que entró á mi casa no la abandone tan pronto.

Y recogiendo su vestido me indicó que me sentase junto á ella en el mismo canapé. ¿Quién habia de resistir á dos ojos como dos luceros, y á unos labios de carmin que sonreian coquetamente? Me senté pues, y de palabra en palabra, de concesion en concesion, acabamos por reconciliarnos, esPLICANDO cada uno á su modo el origen de una enemistad caprichosa.

—Al fin,—me dijo ella—no me pesa el modo con que nos hemos conocido, y el motivo que ha dado principio á nuestra amistad; ninguna es tan durable como la que ha comenzado por una querrela.

La profecía se realizó en todos sus puntos.

Lola estaba este día en su *deshabille* provocativa; el pelo recogido solo por un liston azul, suelto

le caía sobre los hombros y el cuello; no tenía armador ni corsé, solo un simple peinador blanco desceñido y mal abrochado; de modo que ni los encajes, ni la muselina defendían de mis miradas curiosas un seno de niña, tan blanco y tan terso como si no hubiera sido profanado.

Estuvo conmigo tan amable, tan parladora, tan coqueta, que de hora en hora se prolongó mi visita, hasta el momento del ensayo.

—Le prohibo á vd. que se vaya, hasta que haya yó vuelto à salir—me dijo levantandose: y sin esperar respuesta se metió á la pieza inmediata.

Me quedé platicando con el único que había que dado, y despues de diez minutos apareció Lola dispuesta á salir á la calle.

Tomé mi sombrero; ella acercandose entónces, me dijo:

—Antes que vuelva vd. à salir de aquí, es preciso que me prometa volver.....

—No es necesario ya: el que le ha hablado á vd. la primera vez, no puede huir.... no está ya en su poder....

—Pocos galanteos conmigo, porque me enojo.

—Pues vivirá vd. eternamente enojada.

—Vamos, deme vd. el brazo, y callese.

Yo no sè hasta que punto es deshónroso ó lisonjero ir acompañado de una artista, jóven y bella; pero sin embargo acepté satisfecho.

Al llegar al teatro me dijo:

—¿Hasta cuando?

—Hasta muy pronto.

—Lo creo: esta tarde he conocido que seremos buenos amigos.

Y me dirigió una última mirada que me dió para pensar todo el resto del día y de la noche.

Mis visitas fueron escasas primeramente; pero mi deseo de verla se aumentaba con el trato, y fui tomando insensiblemente tal grado de intimidad con ella, que muchos me creían afortunado. Era natural esta sospecha. Para mí no estaba cerrado ni su cuarto de vestuario en el teatro, ni su casa, ni su misma recàmara: y gozaba yo conecciones y preeminencias que ningun otro.

En todo lugar, y delante de cualquiera, al llegar me tendía la mano, aun solía hacerme un cariño ó decirme una monada; y nunca me dejaba sentar sino sobre la falda de su vestido: si estaba otro junto de ella lo hacia retirar, y me llamaba á ocupar el asiento. Esto me valió naturalmente muchas malas voluntades, y muchas envidias. Necios! no conocen mi genio, y mi tontera.

Pocas mugeres hay (bonitas) que no me inspiren un mal pensamiento; y este se prolonga por todo el tiempo que no puedo percibir sino sus bellezas materiales; pero tan pronto como el trato me revela alguna cualidad espiritual, me entretengo con ella, hallo mas placer en estos gozes imaginarios, que en cuanto puede ofrecer la sensualidad.

Lola era seguramente ménos cómica en el foro que en un estrado: solía yo verla rodeada de seis ú

ocho pretendientes, todos de distintos caractéres y condiciones, importunandola todos con sus obsequios y sus pretensiones, y contentadolos á todos, manteniendolos con sus esperanzas, sin que nadie pudiera llamarse el preferido, ni echarle en cara una inconsecuencia.

La distincion que de mí hacia era inesplicable para mí mismo: nunca le habia yo manifestado de hecho ni de palabra la menor pretension; á pesar de que muchas veces reflexionaba que estaba pasando con ella la plaza de tonto.

Estabamos sentados un dia á los dos lados de la esquina de una mesa; ella tenia todo el brazo desnudo, y la mano colgando sobre la orilla: era un brazo tan suave y tan torneado, una mano tan blanca tan mona, con sus hoyitos tan provocativos, que sin querer clavé en ella la vista.

—Te está gustando mi mano, es verdad?—me preguntó sonriendose.

Yo levanté los ojos y no le respondí. Ella añadió:

—Mírala bien; es bonita..... Cuantos desearian darle un beso..... Y tú no?...

Yo le dirijí una mirada casi colérica, y me levanté para pasearme: sentí tan violentos impulsos de arrojarme sobre ella y devorarla à caricias, que temí hacer una barbaridad, y encontrar una repulsa dolorosa.

Siempre he tenido la costumbre de no ocultar ni mis buenas ni mis malas obras: lo que se llama es-

cándalo, un ejemplo pernicioso para la inocencia si he procurado evitarlo siempre, pero el—qué dirán?—nunca me ha retraido. Me asomaba yo á la ventana con Lola, le daba el brazo en la calle, hablaba de ella en cualquiera parte sin el menor disimulo, y en un lugar de hipocresía como Búrgos, era preciso que la gente *virtuosa* acabara de quebrar conmigo.

De las mugeres no era estraño nada; los hombres solian causarme risa. Los mas circunspectos, los mas caracterizados, solian hacerle sus visitas *de oculis*; visitas interesadas y estériles, en que yo, que á todas horas salia y entraba, solia sorprenderlos: no obstante esto, en la calle la desconocian, y murmuraban del cinismo con que despreciaba yo la opinion de la sociedad.

En el mundo la virtud es la hipocresía..... Así dice qués é yo quien.

Convencido de esta verdad me eché por el atajo, y comencé á practicar lo que desde mucho tiempo ántes habia sido solo una teoría.

Serafina entre tanto no se me olvidaba; y viendo que todos los atractivos de Lola no bastaban para librarme de una memoria importuna, recurrí á la disipacion.

Divididos en dos clases los placeres femeniles, reservè mi corazon para Serafina; mi ingenio para Lola, mi bolsa y mi salud à las venduteras de amor. Los cafes, los juegos, las pequeñas orgías que minaban mi vida, eran toda mi ocupacion, los mo-

mentos que no pasaba al lado de Lola. Pero en medio de todo esto mi fastidio crecía, mi mal humor tomaba un carácter mas sombrío, mas lúgubre.

Lola también estaba enamorada y me compadecía.

Sí, lector; la cómica estaba enamorada. ¿No tienen ellas como todas las mugeres, una alma, un corazón? ¿Por qué no se les cree cuando dicen que están enamoradas? Y no que hasta sus amigos, sus mismos compañeros muchas veces, se mofan de una de esas pasiones, mas fuertes por lo mismo que son mas combatidas, y que están llenas del sentimentalismo y la espiritualidad de una imaginación educada en la novela, cansada de la sensualidad y la corrupción de la vida teatral.

Era una tarde nublada y oscura, lluviosa y fría. Entré á casa de Lola, y estaba durmiendo de puro fastidio. Dejé la capa y el paraguas en la pieza inmediata y entré á su recámara.

Dormía con un sueño apacible, sus labios estaban entreabiertos, sus mejillas tenían un color suave, su frente estaba despejada, y el seno casi desnudo se movía con un vaiven suave y tranquilo. La contemplé así un rato; y al fin me senté en la orilla de la cama despertándola con un abrazo.

Abrió los ojos, se sonrió al verme, se asperizó estremeciéndose, y dejó caer su mano sobre la mía.

—Quieres seguir durmiendo?—le pregunté.

—No: platicame algo.

—Te levantas?

—No: tengo frío. Dame algo con que abrigarme.

Lo que primero hallé fué un capotillo de merino con que solía ir al ensayo. Se lo eché encima, y ella haciendo arrumacos como un corderito, se volvió á acurrucar, llevandome una mano para calentarla contra su seno.

La pieza estaba á media luz; y al traves de los vidrios de una ventana baja, estaba yo mirando caer sobre unos rosales que había en el patio, esa lluvia monótona, continuada y silenciosa de las tardes de otoño.

—Vamos, cuéntame que soñabas—le dije para distraer los pensamientos que comenzaban á asaltarme.—Tenias un semblante tan alhagüejo y tan tranquilo, que debias de estar soñando algo muy bonito.

—No soñaba nada... Ni quisiera soñar nunca: el sueño es mi reposo, el único consuelo que tengo.

—Estás ahora de romántica?

—A solas contigo casi siempre lo estoy: tú eres el único que me quiere, que no se rie de mi amor, que no me martiriza.

—¿Y quién te ha dicho que te quiero?

—Quién?... Tu misma situación. Estás enamorado y el mundo se rie de tí, eres franco y te llaman cínico; tienes algún talento y procuran apartarte; eres mas honrado que otros y te murmuran... La sociedad ha quebrado con nosotros dos,

y nos tolera apenas, en primer lugar; porque no podria justificar un destierro completo; en segundo, porque la divertimos; tú haciendole versos, yo haciendole comedias.

—Es verdad—dije entre dientes.

—Por eso me quieres, porque puedes comprender lo que sufro. En mí, en mi casa hallas lo que dentro de tí mismo; no el crimen y el desenfreno, sino la disipacion, la necesidad de ahogar los pesares en la agitacion de una vida inquieta y tormentosa.... Muchas veces llegamos al descaro, al verdadero cinismo; y es natural que hasta allá nos conduzca el despecho: aun cuando alguna vez seamos virtuosos no han de creernos; ¿para qué hacer el sacrificio de nuestros caprichos, de nuestros gustos? El mundo no nos permite otros; y tomamos el desquite mofandolo, despreciando sus leyes y sus conveniencias.

—Vamos; de veras que estás hoy romántica.

—Hace dos dias que no lo veo.

—Dos dias!.... Por qué?

—Tus amigos, los míos se han empeñado en estorbarnos. Entre los diez ó doce que mas tenazmente me pretenden, han formado á lo que entiendo un pacto: desde que me levanto hasta que vuelvo á acostarme siempre está uno de guardia cerca de mí, para no dejarme nunca sola, ni aquí, ni en la calle, ni en el teatro:..... se relevan como los centinelas de un preso, y nunca me deja uno ántes de que haya llegado otro.

—Es cierto!.....

—No me dejan tiempo ni de escribirle, ni de leer una carta suya.

—Pero cierrales la puerta.

—Sí, para que en la noche me silben en venganza de lo que ellos llamarían un desprecio.... Ya ves, para nosotras el mundo hasta inventa nuevos géneros de tiranía con que atormentarnos.... O la dejan á una abandonada en su cuarto, consumiendose de tristeza, de pesar, de envidia, ó la cansan á pretensiones groseras, la tiranizan, sin dejarla ni respirar..... Una cómica no se pertenece.

Yo no sabia que responderle: me estaban lastimando sus palabras, y no pude contener un suspiro. Ella me apretó la mano que tenia entre las suyas.

La lluvia habia cesado; estabamos casi á oscuras, era ya de noche. Despues de un rato de silencio, se incorporó violentamente.

—Vamos al oficio—dijo con despecho.

—Te vas ya para el teatro?

—Sí: voy á enviar mi ropa.

Le ayudé á mal abrocharse la bata que tenia puesta; y al separarse me hizo un cariño.

Yo mismo no creo muchas veces en esta familiaridad inocente, casi fraternal, que habia entre una cómica nada honesta, y un hombre poco tímido. Pero ello es, que existia con gran satisfaccion de los dos.

Quando trajeron luz, y comenzó á arreglar su ro-

pa de teatro, ví que disponia unos hábitos monjiles.

—Qué papel vas á hacer esta noche— le pregunté.

—El de D. ^{ca} Ines.

—¿Y quién hace á D. Juan?

—El.....

—Lo hará perfectamente.

—Solo en la escena puedo hablarle, y darle un abrazo á mi sabor.

En efecto, el galan de la compañía era el novio. Y hasta cierto punto era inexplicable esta dificultad de verse ó de hablarse algunos momentos. Pero el marido era un argos desde que estuvo zeloso y ayudado indirectamente por los otros, era fácil concebir esta dificultad.

—¿Y cómo es que no está aquí Ramirez?—le pregunté haciendo estas reflexiones.

—Estará jugando.... Solo el juego lo hace olvidarme.

—¿Debe quererte mucho?....

—Sí; con pasion de viejo.

—Mal agradecida.

—¡Ah! ¡si supieras mi historia!....

—Cuentamela.

—Otra vez: ahora tendríamos que interrumpiria.

Llega la hora estrañamos ámbos que Ramirez no pareciese: y haciendose tarde, sin esperarlo mas nos fuimos al teatro.

La representacion del D. Juan Tenorio fué perfecta por parte de Lola y su doble amante.

Yo que sè esa comedia de memoria me estuve lo mas de la noche dentro del cuarto de Lola, observando que en efecto los cuidadores se relevaban casi con horas fijas.

Estaba Lola frente á su espejo arreglandose la toca, que hacia resaltar la blancura de su frente, y la belleza virginal de toda su cara: yo parado á sus espaldas la contemplaba con delicia; ella reparó en mis miradas ambiciosas, y encogiendo el hombro para volver la cara me preguntó clavandome los ojos y sonriendo con satisfaccion:

—¿Te estoy gustando, es verdad?.... Dame un beso, pero no pidas mas.

Como si me hubiera amenazado de matarme, me lancé fuera del cuarto, y me puse á pasear tras del telon, que los maquinistas llaman el alcahuete.

Rara y necia virtud, inexplicable continencia. El casto José tenia un amo cuya confianza respetaba; yo ni siquiera saludaba al amante, y el marido no merecia la menor consideracion. Lo cierto es que así lo hice, y un placer de ménos, me proporciona el acordarme de ella sin remordimientos ni fastidio. Es imposible que no lo produzca una muger despues que se ha poseido.

Al siguiente dia ví que Lola entregó á Ramirez unos cuantos escudos, probablemente los últimos que quedaban, y ademas una cajita con unos aretes que irian á ser empeñados ó rifados en el juego. Ramirez habia perdido, y su falta de la noche anterior quedaba perfectamente esplicada.

¿Y Serafina entre tanto?... Si ántes me miraba desdeñosa, ahora se mostraba altanera, insufrible: sus miradas eran tan profundamente desdeñosas, como toda la distancia que habia entre Lola y ella. Antes me trataba como à un cualquiera, me aborrecia como á un chocante; ahora pasaba junto á mí como se pasa junto á un leproso, recatandose hasta de respirar la misma atmósfera por donde ha pasado

El trueque la ofendia: luego estaba, si no pendiente, interesada en mi conducta.... Y no leia en mi corazon; entónces hubiera visto que siempre la amaba, y que aquella especie de picones se los queria dar por despecho, no por desamor.

Pero á pesar de todo, me fuí habituando de tal modo á la compañía de Lola, que fuera de su casa estaba yo inquieto. Con ella almorzaba, y comia, y aun cenaba muchas veces; de modo que entraba algunos dias á las diez de la mañana, y no salia de su casa sino à las diez ó las doce de la noche.

Por las tardes generalmente me acostaba en un canapé, y ella sentada en un sillón á mi lado, repasaba sus papeles ó cosia alguna bagatela, cuidandome el sueño. Cuando se fastidiaba de estar callada, me despertaba con alguna travesura, y nos poniamos á platicar; ó huyendo de alguna visita importuna iba yo á continuar mi sueño emigrando à la recámara.

Eran dos fastidios absolutamente iguales; el mio franco y desvelado, porque à nadie tenia que con-

siderar; el de ella reprimido y oculto bajo las apariencias de un rostro alhagüño y un lenguaje festivo.

Era una transicion bien dramática la que se observaba en el gesto y la espresion de Lola cuando al tiempo de estar refiriendome alguna escena triste de su vida, con un acento melancólico y amargo, entraba alguno de sus cortejadores á quien tenia que recibir con la risa en los labios. Muchas veces estaba llorando, y finjia un bostezo, ó corria á lavarse la cara para disimularlo.

Y sin embargo, todos celebraban su carácter festivo, su lenguaje picante, su alegría comunicativa. Lola en medio de los hombres parecia un cascabel, una sonaja; su sonrisa era contagiosa, su charla inagotable. ¡Pero librara Dios á una gente de uno de sus epigramas!... porque Lola tenia los ojos de sirena, y la lengua de víbora.

Las gentes desgraciadas siempre son irónicas y maldicientes; y sus sátiras son agudas porque van impregnadas de la ponzoña que la injusticia de los hombres cria en el corazon.

El que es feliz puede vertir palabras del amor, del consuelo que ha hallado; el que solo tuvo desengaños y pesares, no puede ménos que ecshalar la amargura de sus recuerdos, ó el desaliento de sus esperanzas.

Con toda esta familiaridad yo no le estorbaba á Lola para nada. Ni la amaba, ni la pretendia; por consiguiente no tenia zelos, ni envidia. Veia

yo, ó ella me contaba las solicitudes de todos, y aun solia aprovecharse de mí para ahuyentar á los pájaros mas importunos, desesperandolos con mi impasible permanencia á su lado.

Nadie sino ella y yo sabiamos la inocencia de nuestras relaciones, y adopté casi con gusto este papel que me reportaba algunos placeres positivos: á algun precio habia de comprarlos.

Me habia yo pasado el dia en una partida de campo, á que concurrió Serafina. A pesar de que se dice que en el campo hay campo para todo, yo no habia podido hablarle ni aun acercarme á ella una sola vez; y sin embargo de esto, habia estado alegre con su alegría, y en la noche entraba yo festejoso á casa de Lola, para contarle mi fortuna.

Estaba á oscuras, y no respondió á mi saludo: creyendo que era una chanza me acerqué á hacerle un cariño, y al tocar su mejilla una lágrima cayó sobre mi mano.

—¿Qué tienes?—le pregunté sorprendido.

—¡Que estoy desesperada!..—me respondió levantandose y rechinando los dientes como una loca.

Me quedé en medio de la pieza inmóvil de temor, miéntras ella se acercó á la ventana, la abrió con estrépito, y se echó sobre el pretil.

De repente volvió, y abrazandome, me dijo con una risa inesplicable.

—Es una tontera desesperarse, ¿no es verdad?

—Ya se ve—le contesté maquinalmente, temiendo que hubiese perdido el juicio.

—Te voy á regalar un dulce muy sabroso; ven.

—Traeré una luz.

Quería yo verle la cara y asegurarme de que no estaba loca.

Volví con una vela en la mano, y procuraba acercarsela á los ojos para estudiar su expresion.

—¿Qué me estás mirando?

—Nada.. sino que.. Tu has llorado mucho.

—Toda la tarde.

Como un relámpago pasó por su semblante una nube que se disipó con un suspiro.

—¿Por qué has llorado?

—No me preguntes.

—¿Ya no soy tu amigo?

—Antes como tu dulce para que no se te amargue con mi relacion. Vaya—añadió al tomar con los lábios un pedazo de su regalo con que yo la convidaba—así se me endulzará un poco la lengua al contarte que...

—¿Qué cosa?...

—Que Ramirez me iba á matar—dijo con indiferencia.

—¡A matarte!... ¿Pero por qué? Dime.

—Ahora te voy á contar mi historia.

—Bien. Sentemonos.

Estabamos en un cuarto que solo tenia los muebles mas necesarios: unas cuantas sillas, una mesita pequeña cubierta hasta el suelo con una carpeta verde, los rincones vacíos, las paredes desnudas, ni una alfombra, ni un tapete; era el cuarto de un có-